



Miguel Ángel Aguilar

ESPAÑA CONTRA PRONÓSTICO

*De cómo conquistamos
nuestras libertades
y del cuidado que requieren*

AGUILAR



Miguel Ángel Aguilar

ESPAÑA CONTRA PRONÓSTICO

*De cómo conquistamos
nuestras libertades
y del cuidado que requieren*

AGUILAR

Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo: El coste de la no España](#)

[I. Constitución reconciliadora](#)

[II. El rey que valió. Monarquía funcional](#)

[III. Cambio de lealtades en las Fuerzas Armadas](#)

[IV. ¿Qué queda de la Iglesia de la concordia?](#)

[V. Partidos políticos: competir, cooperar, defraudar](#)

[VI. A la calle que ya es hora](#)

[VII. Méritos, oportunidades y prestaciones](#)

[VIII. Pena de telediarario, unos más iguales que otros](#)

[IX. Europa como solución y Europa como problema](#)

[X. En América: ventajas, afinidades y rencores](#)

[XI. Estados Unidos para siempre](#)

[XII. Saldrá caro no tener periodismo](#)

[Epílogo. Contra la oxidación de las libertades](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)

[Grupo Santillana](#)

Para Juby Bustamente
ella sabrá por qué

Prólogo

El coste de la no España

«Todo libro es en cierto modo un exorcismo, una manera de soltar lastre, un intento de dejar atrás una pegajosa fantasía o una insistente pesadilla», escribe El Roto en la introducción a su libro *Camarón que se duerme se lo lleva la corriente de opinión*. En esa línea conviene advertir sobre lo que las páginas que siguen puedan tener de exorcismo liberador. Pero quieren ser además una incitación a la vigilia, un estímulo contra la somnolencia, un llamamiento frente a la marea de entreguismo, un desafío abierto al pensamiento único, un antídoto contra la resignación, una convocatoria al civismo activo, vigilante, para evitar la oxidación de las libertades que alcanzamos en la Transición y quedaron reconocidas en la carta magna de 1978.

Quieren traer el recuerdo de unos años comprometidos que algunos se empeñan en tergiversar, como si hubieran sido una andadura temerosa, cuando fueron un ejercicio valiente y lúcido para liberarnos. Una ruptura de los pronósticos aciagos sobre nuestra incapacidad de articular la convivencia. Un abandono del visceralismo apasionado en aras de la inteligencia sintiente. Con el propósito de encontrar en esa evocación de los buenos viejos tiempos las energías que requiere el momento presente, donde todo conspira para pedirnos que por nuestra seguridad permanezcamos asustados. Porque los poderes políticos, sociales y religiosos coinciden en sus afanes de difusores del miedo, convencidos de cosechar como resultado docilidades y sumisiones útiles a sus propósitos.

Las reflexiones aquí recogidas parten de la fragilidad de la democracia. Sostienen la reversibilidad de los logros políticos, sometidos como están a la incuria del tiempo cronológico y a la erosión de los agentes de la intemperie cau-

santes de la corrosión y de la herrumbre. Salen al paso del entusiasmo que entre nosotros provocan los desastres, el de 1898 y todos los demás. Alertan contra el regreso al cañismo de las dos Españas machadianas. Se dirigen a esa tercera España, la de los transterrados de Juan Marichal, la España extraterritorial de Arturo Soria y Espinosa que hace más valiosos a quienes la integran. Quieren facilitar un *manual de autodefensa comunicativa* como el de H. Benesch y W. Schmandt publicado por Gustavo Gili.

El intento que las mueve es el de tomar la salida en una carrera de fondo más reflexiva y más larga que los cien metros de los *sprinter*. Es decir, de los tres mil caracteres y espacios de una columna de prensa. Pero acusan sin duda su procedencia de un periodista, desertor de la astronomía, con deberes de urgencia que irrumpen sin respeto y dificultan las reflexiones necesarias para un trabajo de más largo aliento. Parten del deber de molestar como si al atardecer de la vida los periodistas fueran a ser examinados sobre su compromiso en la averiguación de la verdad y su servicio al interés genuino de los lectores, aunque para observarlo perturben al poder político, al de los partidos, al de las Comunidades Autónomas, al de los empresarios, al de los sindicatos, al de las confesiones religiosas, al de los clubes o las federaciones deportivas, al de las ONG o al de las organizaciones filatélicas y así sucesivamente.

Teníamos decidido convivir siguiendo el discurso del método, del diálogo. Pero nos hacen preguntas utilizadas como recurso para no responder las nuestras mientras sigue pendiente evaluar el coste de la no España. Desterremos la creencia en pajaritos preñados. Ningún país vive en las condiciones ideales del laboratorio. En todos hay abusos y corrupciones, la diferencia reside en el índice que alcanza, en las consecuencias que genera y en la reacción para sanearlas o la conformidad tolerante para aceptarlas. Aquí lo que se requiere es ejemplaridad de arriba abajo y proclamar el fin de la impunidad.

Mientras, molestar con noticias que alguien está intentando que no se difundan también puede ser un deporte

bien retribuido, que ayude a quien presenta un perfil incómodo a prosperar en retribución y jerarquía dentro de su medio. Para ello debe acertar en la elección de sus blancos y que los objetivos que va a abatir coincidan con los que haya designado el mando correspondiente movido por la razón o la arbitrariedad. De forma que infligir molestias a según quiénes puede ser un mérito computable para escalar posiciones.

Sabemos que la independencia más que por el grado de hostilidad al Gobierno o a la oposición se mide por la capacidad del periodista de mantener sus propios criterios, sin sumarse a los entusiasmos o a los odios del medio que lo acoge, ni incurrir en la adhesión inquebrantable al sectarismo del jefe. Mantener una distancia crítica es ingrato y puede generar fuerzas centrífugas que conduzcan al paro. De ahí que se recomiende atender a la dosis. Pero como señala Alan Furst en su novela *El corresponsal*, «nada como que le disparen a uno si fallan».

El ejercicio aquí intentado surgió de unas conversaciones intencionadas con la periodista Paloma Tortajada que fueron después transcritas, pasadas por el telar, para liberarlas de la insolvencia de la improvisación oral, contrastadas en datos y fechas, completadas conforme a las necesidades reclamadas por el texto inicial. Resultan también de la renuncia impuesta por los plazos convenidos que sólo pudieron aproximarse por las ayudas a la navegación prestadas por Juan de Oñate. Son apuntes despeinados ajenos a la pretensión sistemática. Reflejan el poder de pregnancia de los hechos vividos en silla de pista y las reacciones que suscitaron en el autor. La fecha en que estas páginas fueron escritas va unida a la situación que atravesaba España. Ésta es la perspectiva o el ángulo desde el que surgen estas reflexiones, no están en el vacío, sino que los recuerdos o comentarios cobran sentido en ese preciso momento. El tiempo pasado no fue perfecto, hubo muchos obstáculos que superar, desde el paro hasta el terrorismo o a devolver la fe en un país lastrado por una dictadura de cuarenta años. Alguno de aquellos obstáculos continúa enquistado. Vale.

Madrid, febrero de 2013

I

Constitución reconciliadora

España, como otros muchos países, tiene una historia enrevesada y repetitiva, de enconos cainitas, discordias civiles y subsiguientes secuelas de lúcida propensión al escarmiento. En sus *Glosas a Heráclito* el poeta Ángel González puntualiza que nadie se baña dos veces en el mismo río, excepto los muy pobres; que los más dialécticos, los multimillonarios, nunca se bañan dos veces en el mismo traje de baño; que nadie se mete dos veces en el mismo lío (excepto los marxistas-leninistas), y concluye que nada es lo mismo, nada permanece, menos la Historia y la morcilla de mi tierra: se hacen las dos con sangre, se repiten. España es un país a ráfagas escarmentado pero inflamable. El aprendizaje de lo mejor que hemos sido, en frase acuñada que tanto gustaba decir a Javier Pradera, tuvo una expresión muy extraordinaria y sorprendente, que se compendia en lo que se ha llamado la Transición. Porque cuando se aproximaban las postrimerías del régimen por extinción de su fundador lo que se esperaba de los españoles era que diéramos otra vez espectáculo, que volviéramos a nuestras guerras civiles de mayor o menor intensidad para delicia y provecho de los hispanistas o, por lo menos, de una clase muy determinada de hispanistas, los especializados en narrar nuestras discordias, nuestros pintoresquismos y nuestros disparates.

Siempre dispuestos a comportarse a la manera de los visitantes de un zoológico, protegidos detrás de las verjas de su pasaporte extranjero, disfrutando con el rugido de las fieras, al que también eran capaces de objetar si no quedaban satisfechos. Como aquellos ovetenses contertulios del Café Peñalva, de los que cuenta Carlos Luis Álvarez, *Cándido*, en sus memorias que andaban enfrentados en una en-

furecida e interminable polémica a propósito de cómo rugen los leones. Se habían dividido casi por la mitad en dos bandos irreconciliables. De un lado, los que sostenían que el león ruge hacia dentro; de otro, los convencidos de que el león ruge hacia fuera. Pasaban los meses, se aportaban pruebas escritas en apoyo de las respectivas posiciones, tal como las recogen los tratados de zoología. Comparecían cazadores avezados en safaris y eran convocados expertos de distintas escuelas, sin que sus opiniones y sus dictámenes pacificaran la discusión. Por fin se anunció la llegada de un circo con fieras a la ciudad de Oviedo. Una tarde la tertulia se puso en camino hacia la jaula de los leones instalada junto a la carpa en las afueras. Al llegar el más decidido del Peñalva azuzó con un palo a la fiera, que se apresuró a rugir como siempre lo han hecho los leones. Entonces, el sector que se consideró desautorizado por el bramido característico replicó indignado al león: «¡Así no se ruge!». Es decir, que sus integrantes se resistían a considerar válida la prueba de la realidad. Igual que algunos periodistas, dispuestos siempre a impedir que la realidad desmienta sus crónicas.

Entre los hispanistas existe también esa especie, muy determinada, de los que vienen para lucirse con sus narraciones o sus imaginaciones de cómo nos masacramos y edificar sobre ellas un prestigio académico o un negocio editorial. Por eso, durante ese tiempo de la Transición, entre algunos de ellos cundió la misma frustración que se apoderó en Oviedo de los perdedores del Café Peñalva. Aún recuerda el economista e historiador Ángel Viñas la bronca en su casa de la calle Cantalejo, junto al hotel Monte Real de Madrid, con el británico Paul Preston a propósito del proceso de transición en el que estábamos sumidos. El fulminante fue la frase de Preston según la cual España tomaba una senda que dejaría de suscitar interés porque habría elecciones cada cuatro años como en Suiza. Alguno de los presentes replicó airado que España aspiraba a ser un país tan aburrido como el suyo y que si quería vivir emociones fuer-

tes se dirigiera, por ejemplo, a Eritrea, escenario entonces de una guerra salvaje.

Otro de los invitados adujo la ventaja de las guerras civiles en España, que se podían seguir desde el hotel Florida en la plaza del Callao con sólo acercarse de tanto en tanto un rato por la mañana a la sierra para ver cómo se mataban los españoles y regresar por la tarde a seguir tomando whisky sin problemas. En Eritrea el medio es mucho más hostil y la observación de la barbarie resulta más complicada. Para empezar hay que vacunarse de todo, faltan los servicios y los abastecimientos más elementales, el recurso a embajadas y consulados queda fuera de alcance. La bronca en casa de Ángel Viñas, a quien se debe el esclarecimiento de la historia de *La Alemania nazi y el 18 de julio* a partir de fuentes primarias nunca antes consultadas, terminó favoreciendo nuevas amistades. Porque a base de conversar —de hablar y de escuchar— quedó reconocida la legitimidad del intento en el que estábamos embarcados los españoles para cambiar el paroxismo unamuniano por el entendimiento cívico, para evitar la oscilación sísmica de la parálisis a la epilepsia.

Puede que esta España ambicionada desmereciera en la estimación de esa clase muy determinada de hispanistas más arriba mencionada pero, desde luego, los tomó por sorpresa porque rompía las expectativas previas de que volviéramos a las andadas con la reposición de lo más escogido de nuestro repertorio violento. Por el contrario, durante la Transición ofrecimos un espectáculo insólito, fuera de carta, que suponía la alteración de nuestros más arraigados comportamientos. Se esperaba que fuéramos lo que siempre habíamos sido y resultó que, en lugar de como apasionados ribereños del ardiente Mediterráneo, nos comportamos con la frialdad propia de los ribereños del gélido Báltico, a la manera de auténticos daneses.

Entonces los españoles descubrimos el diálogo, descubrimos la lucidez dialéctica, que deriva de ponernos en los zapatos de nuestros antagonistas, descubrimos el empirismo, con renuncia al empacho de esas convicciones que

crean evidencias, según las definía Marcel Proust. Empezamos a ser cartesianos y decidimos seguir el discurso del método. Porque la Transición fue, sobre todo, el discurso del método: el diálogo. Es decir, la escucha atenta y paciente del adversario. Aprendimos el arte de la renuncia en aras del entendimiento. Averiguamos que el éxito en política procede de la renuncia, mientras que la exasperación maximalista es la senda hacia el desastre. La aproximación a las posiciones de los demás, la actitud de diálogo y la renuncia mutua a los programas máximos hicieron posible un camino de entendimiento civil, intelectual, cordial.

Luego, algunos grandes popes vinieron a dictaminar que la Transición había dejado todo como estaba, que había sido una lamentable traición. En esa actitud cristalizaba, por ejemplo, Ignacio Sotelo, según se vio en el *Spanish Institute* de Nueva York. Estábamos ya en 1984 y la directora del centro, Inmaculada de Habsburgo, que Jaime Salinas prefería llamar la princesa del Absurdo, había organizado una mesa redonda sobre la Transición, donde Sotelo dio rienda suelta a sus críticas negacionistas. Así, encaramado a su cátedra de marfil de la Universidad Libre de Berlín, nuestro amigo se reservaba para sí mismo una autoridad superior con derecho a homologar o a degradar las tareas cumplidas por los españolitos. El profesor Sotelo sostuvo allí que la única ruptura que se había producido en España desde la Segunda República era la representada por Franco, de modo que la Transición y lo que se llamaba democracia sólo eran puro continuismo con el régimen anterior. Un periodista que intervenía en la misma mesa redonda rebatió esa opinión y señaló que los apriorismos del profesor eran característicos de esa especie abominable de hispanistas, defraudados por la pérdida de emociones del ruedo ibérico, a los que más arriba se ha hecho referencia.

En España, esta vez, se había optado por una inteligentísima combinación que potenciaba un horizonte de convivencia, de entendimiento, de inauguración de la concordia, frente a la idea del exterminio del adversario que había predominado durante años. Se procedía de una manera

progresiva, con la técnica del plano inclinado, sin saltos bruscos, sin que a nadie se le exigiera abjurar de no se sabe qué convicciones, deseos o pasado. Aquí no se procedió como con Recaredo en el III Concilio de Toledo a quien se hizo abjurar del arrianismo. Sólo hubo que compartir el propósito de excluir la violencia, de aceptar la praxis del escarmiento lúcido. En eso coincidieron los héroes de la retirada (en expresión de Hans Magnus Enzensberger) como Adolfo Suárez, Santiago Carrillo y el general Manuel Gutiérrez Mellado, cuando dijeron otra guerra civil, no; volver a las trincheras, no; recuperar la discordia y el encono, no. Y cuando pusieron todo el empeño en explorar otra senda distinta.

En la Constitución Española aprobada por referéndum el 6 de diciembre de 1978 fue imposible incorporar todas las ideas, los deseos y las ambiciones de todos los españoles. Pero su texto cubre más espacio y ampara mayor número de ciudadanos que cualquiera de las anteriores. Nuestra historia constitucional ha sido muy accidentada y discontinua. Tuvo un comienzo temprano con la Constitución de 1812 sobre la cual escribía el 24 de noviembre de 1854 en el *Chicago Daily Tribune* su colaborador Carlos Marx. La cita la aporta uno de los *padres de la Constitución* y ex ministro de UCD, José Pedro Pérez Llorca, en un texto conmemorativo sobre el Cádiz de las Cortes. En el periódico citado Marx ponderaba «que hasta entonces ninguna asamblea legislativa había reunido a miembros procedentes de partes tan diversas del orbe ni había pretendido resolver el destino de regiones tan vastas de Europa, América y Asia con tal diversidad de razas y tal complejidad de intereses». Subrayaba después que «casi toda España se hallaba ocupada a la sazón por los franceses y el propio Congreso, aislado realmente de España por tropas enemigas, acorralado y bombardeado en una estrecha franja de tierra, tenía que legislar a la vista de un ejército que lo sitiaba». De modo que «desde la remota punta de la isla gaditana, las Cortes emprendieron la tarea de echar los cimientos de un nuevo mundo». Así que, concluía, «examinando más de cerca la

Constitución de 1812 llegamos a la conclusión de que, lejos de ser una imitación servil de la Constitución francesa de 1791, era un producto original de la vida intelectual española, que resucitaba las antiguas instituciones nacionales, introducía las reformas reclamadas abiertamente por los escritores y los estadistas más eminentes del siglo XVIII, y hacía inevitables concesiones a los prejuicios populares». El joven Marx, en otra simplificación periodística, dijo también que «en Cádiz hubo ideas sin actos, y en el resto de España, actos sin ideas», mientras Pérez Llorca sostiene que en aquel Cádiz hubo ideas brillantes a la par que actos eficientes.

Vinieron luego los Estatutos Reales de 1834, la Constitución de 1837 que resulta de *la sargentada* de La Granja, la de 1845, el pronunciamiento de Prim y Topete, con el derrocamiento de Isabel II, y la Constitución de la Primera República en 1869, la sellada en la Restauración de 1876, los arreglos de la Dictadura del general Primo de Rivera y la Constitución de la Segunda República adoptada en 1931, que es sustituida por las Leyes Fundamentales y los Principios del Movimiento Nacional.

Casi todos estos textos constitucionales resultaron de la imposición de un grupo hegemónico dominante sobre el resto. Salvo la actual Constitución de 1978 que, por el contrario, se hizo desde una explícita renuncia a la hegemonía. Porque la pretensión de los constituyentes era la de llegar a un texto bajo el que encontrarán su lugar al sol y recibieran luz y calor el mayor número posible de españoles. Por supuesto, cada uno de ellos puede sentirse defraudado en relación con su programa máximo pero ocurre que de la suma de esos sentimientos procede también la adhesión mayoritaria que suscita y su capacidad de acoger y de reconciliar.

NI 'CAETANISMO', NI 'LAUREANISMO'

La falta de diálogo que en estos tiempos que corren aqueja a España nos trae por contraste el recuerdo de cómo se hizo la Constitución de 1978. Aquel texto se hizo casi a partes iguales entre una izquierda moderada y una derecha decidida a anticiparse al cambio para no padecerlo. Además, lo que sucedió en España tuvo que ver también con lo que estaba sucediendo alrededor. La proximidad de Portugal y los paralelismos de las dictaduras de Salazar y Franco creaban una especial sensibilidad que se interaccionaba. De ahí la influencia que tuvo en nuestro país el desencadenamiento en Portugal de la Revolución de los claveles. Estamos hablando de las postrimerías de Franco. En Portugal se produce el levantamiento del Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA) el 25 de abril de 1974, que arrastra la caída de la dictadura salazarista ya en su versión *caetanista*, así llamada por el nombre del continuador, el profesor Marcelo Caetano. El sistema, el más longevo de Europa ya que dominaba el país desde 1926, se prueba incapaz de resistir la desaparición de su fundador. Hay intentos de prolongar la dictadura lusa mediante el recurso a una cirugía facial reparadora más un leve maquillaje, que se articulan situando en la presidencia del Gobierno a Caetano. Pero la suerte del *caetanismo*, como ya se ha visto, resultó en extremo fugaz.

Ese juego a favor de la invariabilidad de las instituciones, con el solo disimulo del maquillaje imprescindible, lo intentaba también aquí en España nuestro tecnócrata de cabecera Laureano López Rodó. Era el jefe de fila de lo que se llamó el *laureanismo*, al que hubiera parecido restarle fuerza la desaparición súbita del almirante Luis Carrero Blanco, la sombra más permanente de Franco. Retrocedamos por un momento para aclarar, a quienes hayan llegado tarde, cómo los tecnócratas habían pasado a ser un elemento imprescindible de la alquimia con la que Franco había ido formando sus gobiernos a partir de 1959. Desde entonces se les hizo sitio para que se integraran en la coalición de los vencedores, o en el consejo de administración de la burguesía, que venían a ser los Consejos de Ministros, a base de: militares a la orden, falangistas dispuestos a seguir de-